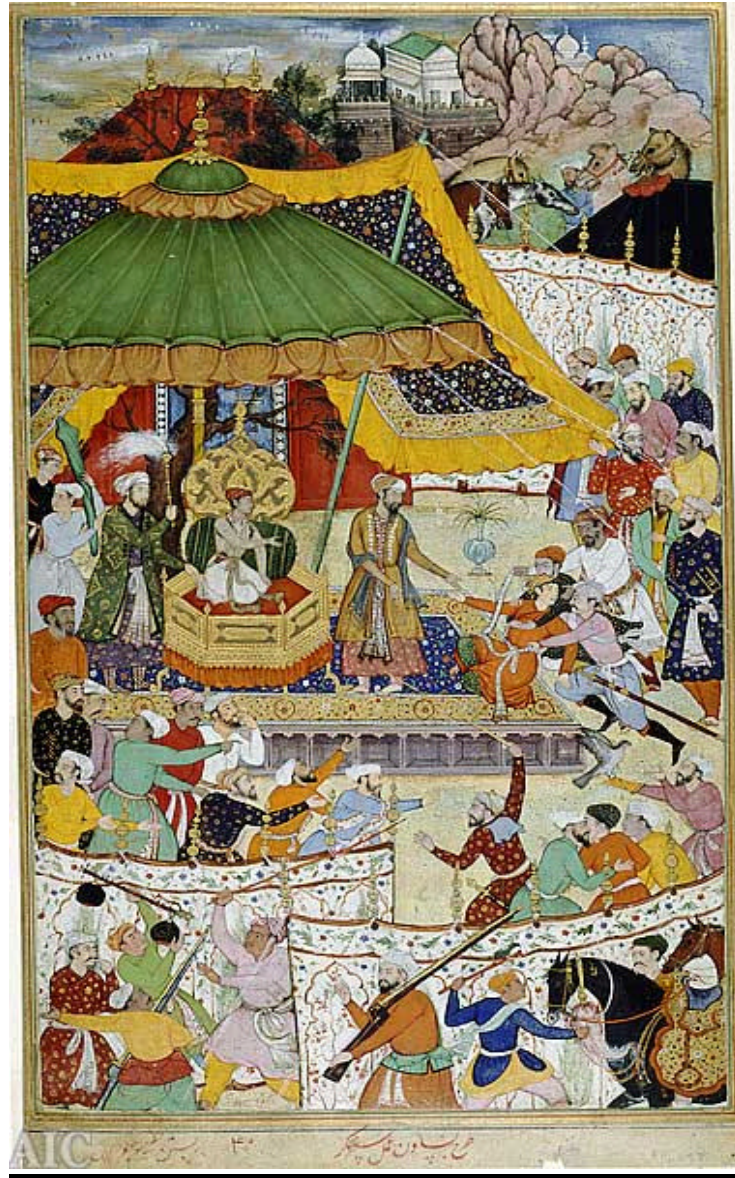


***Antoni de Montserrat,  
embajador en la corte del rey Akbar.***



## ANTONI DE MONTSERRAT, EMBAJADOR EN LA CORTE DEL REY AKBAR

Hace más de cuatrocientos años el jesuita catalán Antoni de Montserrat, acompañado por otros dos misioneros, Rodolfo Acquaviva y Francisco Henríquez, se traslada a la corte de Fatehpur Sikri, en respuesta a una invitación del Gran Mogol de la India, Akbar, con la misión de instruir al emperador en los principios del cristianismo. Ante la importancia de la misión encomendada y siendo costumbre realizar una crónica de los hechos en la Sociedad de Jesús, Antoni de Montserrat describirá en su obra “Mongolicae Legationis Commentarius” su estancia en la corte y sus viajes por Asia, desde la India hasta el Pakistán y Afganistán. Cuando el jesuita habla de los “mogoles” o mongoles, se refiere indistintamente a los mongoles islamizados y aturquesados que dieron origen a la dinastía que reinó sobre la India desde el siglo XVI.

La biografía y la obra del jesuita de Vic, trascienden la consideración de episodio histórico y representa para muchos el redescubrimiento del continente asiático, siendo considerado el precursor del descubrimiento europeo del Tíbet y uno de los primeros en pisar tierras afganas. Esta es su historia y su aventura.

Antoni de Montserrat nació en el año 1536 en Vic, en el seno de una noble familia. Siendo aún muy joven, lo mandaron a Barcelona para completar sus estudios. En la capital catalana, Antoni de Montserrat conocería a los primeros miembros de la Compañía de Jesús y parece ser que pudo encontrarse con San Ignacio de Loyola.

Esos encuentros debieron influir mucho en el joven Antoni, de manera que decidió unirse a la orden de los jesuitas. Posteriormente sería trasladado a Portugal para ser ordenado sacerdote en 1561. Desde muy temprano mostró su deseo de servir

en las misiones de Brasil y la India, aunque tuvo que esperar unos años más para cumplirlo.

Mientras tanto estudiaba latín en Portugal y ejerció el cargo de prefecto en la Iglesia de San Roque, en Lisboa. Vivió momentos difíciles durante las terribles plagas de peste bubónica que asolaron el país en el año 1569.

Existen indicios que apuntan a la estrecha relación de Montserrat con la corte de Portugal, en concreto con el rey Sebastián, de quien el jesuita podría haber sido instructor. Montserrat siempre se sintió muy cercano a la corona, como demuestra su obra y biografía. Fundó el convento de Santa Marta para acoger a los huérfanos y se convirtió en vicerrector del colegio de San Antonio de Lisboa.

Mientras residía en Portugal, dejó patente su pasión misionera, pues solía mandar a sus compañeros de ultramar, cartas en las que los animaba y reconfortaba, como la enviada a los jesuitas de la isla japonesa de Kyushu, en la que pone de relieve su interés por mantenerse en contacto con los misioneros de Asia.

En el archivo de la Sociedad de Jesús en Roma, se conserva una carta del jesuita Luis Frois, enviada desde Goa al colegio de Lisboa el seis de diciembre de 1560, en la que puede leerse: “En particular nos consoló y alegró mucho la caridad del hermano Antoni de Montserrat, quien por su santo celo y amor por sus hermanos, escribió una carta a nuestros Padres y Hermanos del Japón, resumiendo las novedades de la cristiandad; creo que en este año en particular, no he visto ninguna otra carta dirigida a ellos, únicamente ésta”.

En el año 1574 sus aspiraciones misioneras se hicieron realidad, cuando finalmente fue enviado a la India. El documento “Catalogo dos Padres e Irmaos de Companhia de Jesu que forao mandados hà India Oriental, Anno 1574”, redactado en

Lisboa, contiene la lista completa de unos cuarenta jesuitas enviados a Goa, portugueses, italianos, catalanes y castellanos. Entre los catalanes se halla a “Antoni de Montserrat, catalán de Barcelona, con 32 años de edad, dieciocho de ellos en la Compañía, perteneciente al Colegio de Coimbra, en la provincia de Portugal, especialista en lógica y casos de conciencia, doce años de sacerdocio y especial talento para el prójimo”.

Montserrat llegaría a las costas de la India en la expedición encabezada por el jesuita italiano Alejandro Valignano. Al poco tiempo le fue encomendada la gran misión de su vida: el Gran Mogol Akbar, llevado por su afán de acercarse a todas las religiones del mundo, solicitaba la presencia de sacerdotes cristianos en la corte de Fatehpur Sîkri para conocer en detalle los Evangelios. Los jesuitas dedujeron erróneamente, que el rey mogol quería convertirse al cristianismo, y Akbar mismo adoptó frecuentemente una ambigüedad premeditada que inducía fácilmente a la confusión sobre sus intenciones.

Para llevar a cabo tan formidable misión, la Compañía de Jesús escogería a tres jesuitas: Rodolfo Acquaviva, Francisco Henríquez y Antoni de Montserrat, nuestro protagonista. El primero era un joven napolitano de familia aristocrática que moriría mártir en 1583 a manos de un grupo de hindúes en el territorio de Salsete, cercano a Goa. Henríquez era un converso persa que serviría de intérprete en la corte mogol durante los primeros meses, abandonando después la misión.

El viaje daría comienzo un 17 de noviembre de 1579 y acompañando a los jesuitas viajaba un embajador de Akbar acompañado de un intérprete. Zarparon de Daman el 13 de diciembre del mismo año, iniciando un viaje que les llevaría por tierras entonces tan desconocidas como el Himalaya indio o la cordillera del Hindu Kush.

Navegaron hasta territorio mogol, atracando en el puerto de Sûrat, para desde allí adentrarse en una de las regiones más desconocidas del centro del país. En el camino se topaían con curiosas bestezuelas, como el *regulus*, peligroso reptil que habitaba en la jungla. Esta es la descripción que sobre él hace Antoni de Montserrat:

“Surange padece un clima malsano con aires insalubres... Entre los arbustos y matojos se esconde el *regulus* multicolor, que mata con la mirada de sus ojos. La parte central de su cuerpo es roja hasta la cabeza y brilla más que una perla, pero el resto es de color azafrán, que puede oscurecerse hasta marrón. Atrae los ojos de todos quienes lo contemplan, por la belleza de sus colores. Afortunadamente la misericordia divina ha establecido que su condición natural sea tal, que, si el hombre lo ve antes, el *regulus*, como el lobo, prefiere huir precipitadamente y esconderse. Si un *regulus* -que como tantas criaturas de esa clase, está muy ufano de su belleza- detecta a algún desafortunado que, ignorante del peligro, está distraído, éste no escapará a la muerte. Eso es lo que tozudamente afirman los habitantes de aquella región. Uno de los sacerdotes corrió involuntariamente un grave riesgo de morir de esta manera, porque al ver a la bestezuela, atraído por su belleza, intentó agarrarla y la persiguió hasta que el *regulus* se escondió detrás de un matorral. Al regresar sano y salvo al campamento, preguntó a los habitantes del lugar qué clase de lagarto era el que había visto; éstos se sorprendieron tanto como los habitantes de Malta cuando una serpiente mordió a San Pablo y éste salió ileso. La criatura tiene las dimensiones de un lirón y recuerda al reptil denominado camaleón, que se alimenta del aire y se impregna del color del objeto más cercano”.

Acquaviva y Henríquez llegaron a Fatehpur Sîkri el 27 de febrero de 1580, pero Montserrat cayó enfermo y tardó una semana más, no entrando en la capital mogol

hasta el cuatro de marzo. Los tres jesuitas permanecieron un año en esa ciudad, y aprovecharon ese tiempo entre otras cosas, para realizar debates religiosos con sus oponentes de la ley islámica, intentando convertir a Akbar a la religión cristiana.

Durante esa época Montserrat visitó Âgra, segunda ciudad importante del Hindustán, en la zona septentrional de la India y bajo dominio musulmán. Los sacerdotes se esforzaban en aprender el persa, que era la lengua culta de la corte.

Entre los sacerdotes, Akbar y su hombre de confianza, Abu-I-Fazl, se estableció una relación muy estrecha, de manera que éste, el erudito más importante de la corte, que escribiría el panegírico *Akbar-nâma* o Libro de *Akbar*, una crónica oficial de la corte mogol. Antoni de Montserrat se convertiría en uno de los hombres de confianza del rey mientras que el joven Acquaviva sería tratado por éste como un hijo suyo.

El aprecio hacia Montserrat quedaría patente por el hecho de que éste sería el tutor de Mûrad, el hijo del rey, o de que pidiera al jesuita catalán que le acompañara en su expedición militar afgana. Este episodio bélico interrumpió el año de discusiones y debates sobre la supremacía de los Evangelios o del Corán y la paz reinante en la corte. Mîrza, hermanastro del rey, se rebeló contra su autoridad con la ayuda de algunos cabecillas afganos de la zona oriental de Bengala. Antoni de Montserrat aprovechó para describir con gran detalle la gran campaña militar emprendida por Akbar, consignando por escrito todo lo que vio o le contaron. Lo hizo en forma de notas que se convertirían años después en un relato escrito en portugués y posteriormente en una obra escrita en latín. Gracias a su encomiable esfuerzo, hoy podemos conocer con detalle un periodo importante para la historia de la India, al margen de las crónicas oficiales de la época. Así describía nuestro protagonista la utilización de los elefantes: “El rey mantiene a un gran número de elefantes en su campamento y en las ciudades

donde reside, utilizándolos para el transporte y la batalla. La mayoría de los machos son entrenados para luchar y se les arma ofensiva y defensivamente. Tres meses al año los machos se ponen tan violentos que llegan a matar a sus domadores, siendo en ese periodo mejores luchadores. Una vez que se calman, se les hace enfurecer añadiendo carne de tigre a su comida... Parecen completamente acostumbrados a la voz de sus domadores y hacen todo aquello que se les ordena. Pueden hacer nudos y deshacerlos, empujan un objeto hacia delante, lo levantan, lo vuelven a bajar o lo hacen rodar. Son capaces de atrapar animales con lazos corredizos y después desatarlos y pueden recoger una brizna de paja o una moneda. Incluso pueden aprender a bailar”.

Durante todo el año 1581 se prolongaría la expedición militar, avanzando por el noroeste hacia los territorios de Paquistán, visitando el jesuita sitios como Delhi o el Punjab. Posteriormente llegarían a regiones de la falda sur del Himalaya, entrando en contacto con las poblaciones del Tíbet o de Cachemira.

Sus comentarios sobre los tibetanos serán los primeros que hallamos en Occidente desde los tiempos de Marco Polo en el siglo XIII o de Odorico de Pordedone en el siglo XIV. Su relato, junto a la inscripción “Hic dicuntur chistiani habitare” que el autor escribe en su mapa junto al dibujo de un lago tibetano, producirían una reacción en la comunidad jesuita de India, a favor de enviar misiones al otro lado del Himalaya. En 1624 las recomendaciones de Montserrat se harían realidad cuando Antonio de Andrade establece la primera misión cristiana en Tsaparang, en el Tíbet occidental.

Es lógico pensar que el mapa de Montserrat fue tomando forma en los sucesivos viajes que realizó, hasta conformar esa pequeña joya de la cartografía universal, en la que se mencionan centenares de lugares, siendo considerada como el primer mapa del Himalaya, adquiriendo tanta importancia como su obra escrita.

Sobrecoge pensar que el jesuita Montserrat siguió a lomos de su elefante al rey Akbar durante toda la campaña militar, cruzando los cinco ríos de la región del Punjab o atravesando el Indo, donde le esperaba en la otra orilla el Asia central más ruda, Afganistán. Al llegar a la ciudad de Jalalabad, a los pies de Kafiristán, abandonaría a las tropas de Akbar, que seguirían su marcha hasta la conquista de Kabul.

Durante el regreso viviría tiempos difíciles, sufriendo un intento de lapidación en el paso de Khaybar. Tras llegar a Fatehpur Sîkri, los misioneros empezaron a dudar de la voluntad del rey respecto a su conversión al cristianismo o su actitud hacia Portugal. Montserrat aprovecharía la oportunidad de acompañar a un embajador a Goa, emprendiendo el camino de regreso hacia la sede de la compañía, donde llegaría en septiembre del año 1582. Al llegar Acquaviva, darían por finalizada la primera misión cristiana ante el Gran Mogol.

Desde su regreso a Goa, Antoni de Montserrat trabajó en la redacción en portugués de un relato corto sobre sus viajes “Relaçam do Equebar, rei dos mogores”, que enviaría al General de la Compañía en forma de carta. Entre los años 1582 y 1588 trabajaría con las notas de sus viajes por India, Paquistán y Afganistán, en una obra más extensa y detallada redactada en latín, “Mongolicae Legationis Commentarius”.

Durante su redacción recibiría, impartida directamente por Felipe II y las autoridades eclesiásticas, la orden de emprender viaje a Etiopía, con objeto de dar consuelo a dos ancianos sacerdotes católicos y establecer contacto con el emperador abisinio, sondeando la posibilidad de acercar el cristianismo etíope a la Iglesia de Roma. El sacerdote Pedro Páez, un jesuita muy joven y sin experiencia, acompañaría a Montserrat en tan complicada empresa. En una carta fechada en febrero de 1589 describía de esta manera al jesuita catalán: “El padre que me acompaña se llama



Antonio de Montserrate. Es catalán, muy inteligente para estas cosas y con singular gracia para tratar con estos reyes: fue uno de los que permanecieron en la corte del reino mogol y domina perfectamente las lenguas necesarias. Esta misión se lleva a cabo por haberlo reclamado con mucho interés el Rey Nuestro Señor Felipe I de Portugal y II de España”.

Los sacerdotes, fingiendo ser comerciantes armenios, viajaron navegando hasta el estrecho de Ormuz, intentando evitar a los piratas del Indico. Su intención era continuar por tierra a través de Irak, Siria y Egipto; pero tuvieron que alterar su ruta al no poder viajar por tierra, y continuaron el viaje bordeando las peligrosas costas del actual Omán, siguiendo la ruta del incienso. Al desembarcar en el puerto de Dhofar, el capitán árabe de la embarcación en la que viajaban les denunció ante el comandante del puerto, quien decidió hacerles prisioneros y entregarles al sultán de Hadhramaut, residente en una aislada región en el interior de Yemen.

Tras un penoso viaje caminando cautivos detrás de una caravana de camellos, sufriendo sed y hambre, pues se negaban a comer los saltamontes que les ofrecían, llegaron a Tarim. Un gentío poco amigable esperaba la llegada de los infieles, y en mitad del tumulto, les insultaron y golpearon, siendo trasladados posteriormente a la ciudad de Haymin, residencia del sultán. De camino, un hermano del soberano les invitaría a su palacio, en el que descubrirían, según una descripción de Pedro Páez, el “*cahua*, agua hervida con un fruto denominado *bun* y que se toma muy caliente, en vez de vino”. Se trataba de una bebida todavía desconocida en Europa, el café. Aunque permanecieron cuatro meses en la cárcel, el sultán les devolvería sus pertenencias, incluyendo los manuscritos en los que trabajaba Montserrat.

A continuación fueron trasladados a lomos de camello hasta Sana, atravesando en varias semanas de camino desoladas tierras, desiertos y montañas, siendo los primeros europeos en hacerlo. Antes de llegar a su destino, Montserrat, muy debilitado, se cayó del camello, perdiendo el conocimiento y no recuperándolo hasta mucho tiempo después. El gobernador decidió encarcelarlos y exigir un rescate de veinte mil ducados por su libertad. En su cautiverio sufrirían grandes calamidades, permaneciendo frecuentemente encadenados con grilletes y comiendo pan seco durante años.

Afortunadamente, en el mes de enero de 1591, Antoni de Montserrat pudo finalizar su manuscrito, aunque posteriormente se añadirían algunos comentarios, fechando la finalización real de la obra entre 1597 y 1600.

Pasaron los años y en 1595 fueron trasladados al puerto de Mokka (Yemen), en el Mar Rojo, sirviendo durante algunos meses como remeros de dos naves turcas, encadenados en galeras. Este es el relato de Páez: "...durante el día fuimos azotados, golpeados con palos, bajo un sol infernal, sufriendo hambre y sed; de noche nos picaban los tábanos, las avispas, las pulgas y los mosquitos, y dormíamos en un hedor insoportable".

Montserrat enfermaría gravemente, de manera que para no perder el rescate fue liberado de su esclavitud en galeras y recluido en la ciudad. Finalmente, en 1596, un barco llegó de la India con un rescate de 1.000 ducados para ambos sacerdotes. El gobernador aceptó el pago y en el mes de agosto de 1596 regresaron a Goa tras siete años de cautiverio.

Páez sanó de las penalidades del cautiverio y en el año 1603 pudo ver realizado su sueño de entrar en las tierras de Etiopía. Levantaría una iglesia en Górgora, a orillas

del lago Tana, y sería enterrado en las monumentales ruinas de su capilla principal el veinticinco de mayo de 1622, junto al nacimiento de Nilo Azul.

Antoni de Montserrat no se recuperó y las fiebres lo acabaron matando en la isla de Salsete, en el mes de marzo del año 1600, habiendo finalizado su última versión del “Mongolicae Legationis Commentarius” y el diseño definitivo de su mapa del Himalaya.

La obra del jesuita catalán ha seguido caminos tan enigmáticos y sorprendentes como los de su autor, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de sus escritos permanecieron en el anonimato durante tres siglos. El manuscrito “Mongolicae Legationis Commentarius” fue descubierto en el año 1906 por el reverendo W. K. Firminger en la biblioteca de Saint Paul, en Calcuta. Lo formaban 140 hojas manuscritas, acompañadas de un pequeño mapa de la India. No se tenía ninguna noticia de ellos, ni en el ámbito de la Compañía de Jesús ni en el mundo académico. Tres años más tarde, el jesuita Van der Vergel recibiría el manuscrito y lo mostraría al padre belga H. Hosten, gran estudioso de las misiones católicas. No tardaría en darse cuenta de la trascendencia de la obra, y tras un laborioso esfuerzo para descifrar la caligrafía de Montserrat, hizo una transcripción que publicó en su versión original latina en el año 1914 en la revista editada en Calcuta “Memoirs of the Asia Society of Bengal”. Posteriormente se encargaría de traducirla al inglés, publicándose en diversos números de la revista “Catholic Herald of India”, editada también en Calcuta. Nuevamente sería editada en inglés bajo el título “The Commentary of Father Montserrate S. J. on his Journey to the Court of Akbar”, esta vez en Londres.

De la investigación del propio manuscrito original podemos saber algo sobre esos tres siglos transcurridos desde la muerte de su autor hasta su primera aparición. Los sellos y anotaciones de sus primeras páginas nos informan que pasó por tres

bibliotecas británicas en la India, antes de llegar a la catedral anglicana de Calcuta. Estos registros se remontan a 1800, quedando sin identificar el registro de la biblioteca IP46 y que podría haber pertenecido a los jesuitas. Lo que no sabemos es lo que ocurrió desde 1600 hasta 1800, cuando pasa a manos inglesas. Es probable que su destino estuviese ligado al de la Compañía de Jesús, pues a lo largo de esos dos siglos fue disuelta y sus miembros perseguidos en algunas ocasiones, y parte de sus archivos en todo el mundo fueron desmantelados, perdiéndose para siempre.

Más grave que su desaparición durante dos siglos es la irreparable pérdida, hasta el momento, de otros cuatro manuscritos redactados por Montserrat sobre la ingente información que poseía de las costumbres y la geografía de la India y Asia Central. Nos consolaremos con el relato breve redactado en portugués “Relaçam do Equebar, Rei dos Mogores”, fechado en el año 1582 y conservado en el Vaticano.

Por último nos queda el enigma de la conservación del manuscrito original. Podemos deducir que debería encontrarse en la biblioteca de Saint Paul de Calcuta, donde el jesuita H. Hosten hizo su traducción para el “Catholic Herald of India”, pero hoy no existe constancia de su existencia, ni del mapa que lo acompañaba.

El gran interés de Montserrat por la exploración geográfica, alcanza su máxima expresión en el pequeño mapa de 18x11 centímetros incluido en el manuscrito. Se trata de una pequeña joya cartográfica que no sería superada hasta bien entrado el siglo XIX. Aunque es conocido como el mapa del Himalaya, abarca gran parte de la India y grandes extensiones de Afganistán y Pakistán. Aparecen más de doscientos topónimos e incorpora observaciones marginales. Los accidentes geográficos están resaltados con distintas tonalidades que van desde el rojo al marrón oscuro. Las coordenadas geográficas son muy precisas para la época y tienen como referencia el ecuador,

dibujando la línea del trópico de Cáncer con toda exactitud en los 23° 30', no estando tan clara la referencia usada para el cálculo de la longitud. Además de la cordillera del Himalaya, en la parte norte se distinguen otras cadenas montañosas cuya disposición parece coincidir con el Karakorum, el Hindu Kush, el Parir y el los montes Sulaimán.

El misterio de la ingente obra del jesuita catalán Antoni de Montserrat, perdura hasta nuestros días. Ojalá el destino nos permita reencontrar el manuscrito original y recuperar el resto de sus relatos, para descubrir un pasado no tan lejano del sorprendente y cautivador continente asiático.